

Con las llaves

te presentamos nuestra ideología:

Introducción

Hay algo que perdemos sin darnos cuenta: nuestra propia historia. Piensa por un momento en tus bisabuelos. ¿Sabrías decir sus nombres completos? ¿Contar sus anécdotas, tal como ellos las contaban? Para casi todos, la respuesta es no. En dos o tres generaciones, una familia entera se vuelve niebla. El tiempo pasa y borra las historias, las voces de los mayores, los recuerdos compartidos y los días que parecían comunes. Lo que una generación no guarda, la siguiente apenas lo conoce; y lo que no se conserva termina olvidándose o siendo contado por otros. Las familias están perdiendo su historia y, con ella, parte de su identidad. A medida que desaparecen sus recuerdos y sus saberes, el vacío suele llenarse con conocimientos heredados de otros lugares, otras experiencias y otras formas de entender el mundo, mientras lo propio queda sin registrar y acaba perdiéndose. De esa inquietud nace La ideología. Su propuesta es sencilla: que cada familia se vuelva autora y guardiana de su propia literatura, para construir su identidad y conservar su historia. Creemos que los saberes familiares, comunitarios y cotidianos también tienen valor. Por eso proponemos la literatura como una herramienta para preservarlos, transmitirlos y reflexionar sobre ellos. No se trata de rechazar otros conocimientos, sino de dejar de olvidar los nuestros. Aquí encontrarás el porqué de esta propuesta y, sobre todo, el cómo: una manera de leer con criterio, escribir la propia historia y conservar la memoria familiar a la intensidad que cada uno elija.

Organización familiar

La familia se construye recopilando memorias escritas año tras año. No se trata de un archivo rígido ni de un sistema fijo, sino de una práctica viva que cada familia adapta según sus propias necesidades. La historia no depende del azar ni de una sola persona, sino de un proceso compartido en el tiempo. Para que este proceso funcione, se necesitan roles, como un administrador. Su función es importante, pero no fija: se encarga de guardar y cuidar lo que cada miembro de la familia va escribiendo, con el fin de tejer una historia común. A partir de ahí, pueden surgir otros roles según lo que cada familia necesite o decida. Puede existir un filósofo, encargado de hacer preguntas y abrir reflexiones sobre lo que se recuerda, o un recreacionista, que impulse encuentros y actividades para mantener las costumbres vivas. Estos roles no están cerrados ni definidos de antemano: cada familia los crea, los ajusta o los transforma según su forma de vivir. En familias más amplias, esta práctica también puede ramificarse. Cada nuevo núcleo —por ejemplo, una rama familiar o una nueva generación— puede desarrollar su propia organización y construir su versión de la historia, llevándose una copia de los escritos principales. Así, la memoria se expande sin perder su raíz común, siempre adaptándose a cada contexto familiar. Existen también temas que no se definen de manera central dentro de esta ideología. Aspectos como la religión, la sexualidad o la política no se imponen ni se establecen aquí, ya que cada familia tiene la libertad de fijar sus propias normas y criterios frente a ellos. Se espera que la organización familiar no busque controlar el contenido, sino permitir que cada núcleo lo construya, lo conserve y lo adapte según su propia necesidad.

El lobo solitario

El lobo solitario es quien inicia esta práctica sin un entorno familiar con quien compartirlo. No espera a tener una estructura formada para empezar: simplemente comienza. Su punto de partida es sencillo: escribir y registrar su propia vida. Puede hacerlo en forma de anécdotas, fotografías, recuerdos, reflexiones o cualquier tipo de registro personal que considere importante. La idea es empezar a escribir su historia, aunque al inicio sea individual. En muchos casos, estas memorias no provienen directamente del entorno familiar, ya que hay personas que no han tenido a su familia como un apoyo constante, o cuya historia afectiva se ha construido más allá de ella. En otros casos, lo que se vuelve significativo son las personas del entorno cercano, como compañeros de trabajo, estudio o vínculos cotidianos que terminan formando parte importante de su vida y sobre todo de su memoria. Con el tiempo, esta práctica se convierte en su propia biblioteca personal: un espacio donde organiza lo que ha vivido y pensado. No necesita un sistema complejo desde el inicio; este se construye poco a

poco, según su necesidad y su ritmo. A medida que avanza, tiene dos caminos posibles. Puede integrarse a un núcleo o grupo cuando encuentre un espacio con el cual compartir su historia, o puede ayudar a formar uno nuevo a partir de sus propios vínculos y relaciones cercanas. En este sentido, el lobo solitario no es un estado permanente, sino un inicio. Es la forma en que alguien empieza a escribir lo suyo sin esperar a nadie, pues sabe que el tiempo no espera.

Documentación y literatura

La literatura es todo aquello que se lee y que se busca transmitir. Puede ser cualquier libro, de cualquier lugar o época, siempre que aporte a la forma en que una persona o una familia entiende el mundo. No tiene un único origen ni tipo: su valor está en lo que permite pensar, cuestionar y ampliar la mirada. La documentación, en cambio, es una forma de literatura distinta. Es la escritura de la propia vida. Se parece a un diario o a un registro, donde se guardan recuerdos, anécdotas, experiencias y momentos importantes. Su propósito no es competir con los libros publicados, sino conservar la memoria para los suyos. Por eso se atesora en álbumes o archivos familiares, como un registro de la historia. En este proceso también cobra importancia el acercamiento a la propia familia: conversar con los mayores, preguntar de dónde vienen, escuchar sus relatos y registrar lo que recuerdan, como una forma de reconstruir la historia que no siempre está escrita. Mientras la literatura viene de afuera y se lee, la documentación nace desde adentro y se escribe. Una alimenta la forma de pensar; la otra conserva lo vivido. A partir de la literatura, cada familia puede ir construyendo su propio canon: una selección de libros que considera importantes para su formación. Lo ideal es que este canon crezca con cierto orden, que reúna voces de distintos lugares, épocas y maneras de ver el mundo. No es limitar lo que se lee, sino construir una base amplia que permita formar criterio propio con el tiempo. De esta manera, la lectura y la escritura de la propia vida se complementan: lo que se lee ayuda a entender el mundo, y lo que se documenta permite no perder la historia de quienes lo habitan.

Actividades prácticas

Estas son las acciones que ocurren dentro de cada familia para construir y cuidar las vivencias. Aquí se incluyen actividades como reunirse para escribir, organizar el álbum, registrar recuerdos, leer en conjunto o distribuir responsabilidades. Sin embargo, estas prácticas no se limitan al acto de documentar. La memoria no se construye únicamente escribiendo sobre ella; también se construye viviendo experiencias que merezcan ser recordadas. Por eso, junto a las actividades de registro, cada familia puede desarrollar actividades de mantenimiento y encuentro que fortalezcan sus vínculos y generen nuevos recuerdos. Estas actividades que, de forma diaria, semanal o mensual, pueden ser tan simples como cocinar juntos, arreglar una habitación, organizar la casa, celebrar un cumpleaños, bañar al perro, cuidar un jardín, compartir una comida o dedicar tiempo a una conversación. Lo importante no es la actividad en sí, sino que permita a las personas participar en algo común. De esta manera, la memoria se construye en dos momentos: primero al vivirla y después al registrarla. Una familia no solo conserva recuerdos; también crea las condiciones para que existan recuerdos que conservar. Son actividades íntimas, que viven dentro del hogar y se adaptan a las necesidades, posibilidades y costumbres de cada familia.

Ahora tienes las llaves

Cuando una familia conserva su historia, no solo se salva del olvido: empieza a reconocerse en lo que es. Durante mucho tiempo hemos mirado con ojos ajenos, a medir lo nuestro con la vara de otros, a creer que lo valioso siempre venía de afuera. Recuperar nuestra memoria es recuperar también nuestra identidad: lo que somos, de dónde venimos y lo que los nuestros construyeron antes. Escribir nuestra historia es, en el fondo, un acto de resistencia frente a los sistemas imperialistas que han permitido desconocer lo propio para repetir lo ajeno. Cada familia que guarda su memoria es una raíz que se niega a ser arrancada. Ahora tienes una ideología y las llaves en tus manos para reconocernos y construirnos. Te invito a que participes activamente en: **www.conlasllaves.com**

**Estamos construyendo todo un proyecto de vida, mientras esto se consolida te puedes contactar al correo: administracion@conlasllaves.com*